



Estación Sábado

Andrés Torres*

Uno encuentra lo que consciente o inconscientemente busca.

ERNESTO SÁBATO, *Abaddón, el exterminador*

En los carnavales de 1989 conseguí *El túnel*. Pasto celebraba sus fiestas. Quizá fue el tres o el cuatro de enero cuando, en medio del aburrimiento, tomé el libro. Me instalé en la sala. Desde que leí el exergo hasta la última palabra, no pude, ni quise, desprenderme de la novela. Cuánta razón tenía Edmond Jabès cuando afirmó: “Poco a poco, el libro me consumará” (Lévinas, citado en

* Estudios de Lingüística y Literatura en la Universidad Distrital Francisco José de Caldas (Bogotá, Colombia) y de Literatura latinoamericana en la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá, Colombia). Ha publicado *Sótanos*, libro de cuentos.



Derrida 91). Recuerdo que leí como si me hubiese poseído el espíritu de Castel. No había distancia entre la piel y la página, entre la letra y la sangre, entre el verbo y la carne. Fue una implacable e impecable transubstanciación.

Afuera, los gritos y la bulla de los que iban o regresaban de la Plaza de Nariño eran un leve y lejano susurro de un mundo que se había desvanecido para dar paso a una realidad tan contundente que yo me

sentía como caminando por la Recoleta o la calle San Martín.

El Buenos Aires de María Iribarne y Juan Pablo Castel fluía por mi torrente sanguíneo... ¡Qué lejos había quedado mi ciudad y mi barrio y lo que yo era hasta ese momento! Porque ese encuentro fue, para ponerlo en palabras del abuelo Desana Miru Púu (Antonio Guzmán López), “como haberse topado con el tigre”. Nada quedó igual. La escritura de

Sábato fue esa garra felina que me hizo pasar por una muerte para devolverme a la vida. No sé cuántas horas me tardé en ser devorado por sus páginas, pero lo que sé es que esa novela (para decirlo con las palabras que utilizó Artaud cuando los tarahumaras le dieron peyote), “me abrió la conciencia” (305).

Sábato ha sido y es uno de esos autores que he necesitado visitar, sobre todo en periodos de crisis o desesperanza. Si, para Deleuze, “solo se escribe por amor, toda escritura es una carta de amor” (60), encuentro en Sábato un profundo amor por el hombre. Su escritura es, siguiendo a Blanchot, una “amistad para el desconocido sin amigos” (164), y, en muchas ocasiones, he sido ese desconocido sin amigos.

Su escritura ha sido una liana que me ha sacado de mis infiernos. Nada más cierto, en este sentido, que aquello que anotara Jodorowsky: “cada libro profundo es un regalo del autor a la humanidad” (76). Llevo muchos años leyéndolo y dejándome acompañar de su lucidez. Sus atormentados y complejos personajes me han devuelto a la vida, porque, como lo escribiera Benjamin, “solo gracias a aquellos sin esperanza nos es dada la esperanza” (citado en Marcuse 286).

En *La resistencia*, hay una cita de Lévinas, “el humanismo es desvivirse por lo humano”; y, es eso lo que hizo Sábato, en cada trazo, en cada libro. Su escritura es un acto de hospitalidad. En aquellos días o instantes en que he sentido al mundo como una tierra baldía, sus textos han sido una morada. Por eso, durante años había sentido la necesidad de darle las gracias. Y

esto, en cierto modo, lo hacía en mis clases cuando lo leíamos y lo comentábamos con los estudiantes. Esa era mi manera, aunque precaria y tácita, de honrar a un hombre que tanta intensidad vital me ha regalado.

En una noche de mayo de 2007, lo soñé. Yo estaba en su casa. Él estaba en el patio sentado en una silla. No hablabamos, pero tampoco había necesidad de hacerlo. Me desperté con la tranquilidad de haberlo visto, de haberle hecho sentir mi afecto. Ese sueño era como la carta que siempre quise escribirle y que nunca escribí. El sueño era una manera de saldar una vieja deuda de agradecimiento.

A mediados de diciembre de 2008, estuve en Buenos Aires en compañía de Alexandra, mi hija. En la mañana del día veintidós, visitamos la Biblioteca Nacional. Allí, le preguntamos a una chica si sabía cómo llegar a la casa de Sábato. Ella nos dio las indicaciones para que no hubiese la menor posibilidad de perdersos. Cuando bajamos del taxi y entramos a la estación, me sentí que estaba caminando por el Buenos Aires de Alejandra y Martín, por el Buenos Aires de mis soledades, por el Buenos Aires nocturno de mi pieza de estudiante. Por ese Buenos Aires que había aprendido a amar en sus libros. En el tren presentí que todo eso que estaba ocurriendo era parte del sueño. Intuía que estaba soñando, como ahora cuando escribo esto.

En pocos minutos estuvimos en Santos Lugares. Encontramos una librería y, en ella, al poeta-niño-mago-y-librero Guillermo Prada, a quien le interrumpimos la lectura de la Biblia para preguntarle

si tenía algún libro de Sábato. No solo los tenía, sino que, además, tenía para nosotros (aparte de las joyas bibliográficas que generosamente nos mostró), su alegría, su inteligencia, su bondad. Salimos de su librería y editorial Punto & Aparte con *Abaddón, el exterminador* y *Páginas vivas*, y con el corazón colmado de afecto.

Un sol resplandeciente nos acompañó toda la tarde. Llegamos a la casa de Sábato. Con Alexandra nos asomamos por entre las rejas. Un hombre, que se identificó como el sargento Muleiro, nos preguntó quiénes éramos. Le dijimos que veníamos de Bogotá y que nuestro anhelo era dejarle un presente a Sábato. Él mismo se apresuró a timbrar en el citófono. La voz de una mujer preguntó quién era. El sargento le contó acerca de nuestra solicitud, y ella le dijo que esperáramos a que llegara no sé quién (creo que mencionó a un hombre) para que habláramos con él.

Nos despedimos del sargento, que nos recomendó que pasáramos a las ocho. Caminamos en busca de un sitio para sentarnos y tomar algo. No quisimos quedarnos en la tienda alledaña porque nos parecía una indelicadeza. Caminamos varias cuadras tratando de dar con alguna cafetería, pero, ante la insistencia de Alexandra de que estaba cansada, decidí regresar.

El sargento Muleiro estaba sentado en su auto. Intentamos ignorarlo, o mejor de que él nos ignorara. Pedimos un jugo. El calor era tan intenso que nos ubicamos en una mesa que estaba en el andén. Quedamos separados a escasos tres o cuatro metros de la casa de Sábato y, por lo tanto, a la misma distancia del sargento.



Sábato ha sido y es uno de esos autores que he necesitado visitar, sobre todo en periodos de crisis o desesperanza.



Viviana y su madre, propietarias de la tienda, nos atendieron con deferencia. Ellas nos advirtieron que era imposible que viéramos a Sábado, que en los últimos meses él ya no recibía a nadie y que era entendible porque, como todo el mundo sabía, él estaba bastante mayor. Yelsa, la mamá de Viviana, nos contó que Sábado, hacía cinco años, había cargado a su nieta (la hija de Viviana), y que había hablado con ellas y que era una lástima que no hubiera tenido, en ese preciso momento, una cámara fotográfica.

Nos dijo que, algunos años atrás, Sábado había auspiciado el funeral de una niña cuyos padres pasaban por una difícil situación económica. Ellas me hicieron sentir a ese Sábado que, desde la primera vez que lo leí, supe que estaba, no solo ante un gran escritor, sino ante un gran

hombre, porque, como lo expresara Chagall, “un buen ser humano puede ser, como es sabido, un mal artista. Pero quien no sea un gran hombre y, por ello, un ‘buen hombre’ no será nunca un verdadero artista” (Walther y Metzger).

El viento de la tarde estaba fresco. Unos chicos, en la otra mesa, hablaban de Andrés Calamaro. Viviana entró a la tienda y su mamá se retiró, a unos pocos pasos, al ser requerida por una señora. Todo fluía. La eternidad nos cobijaba.

Alexandra se acercó para decirme que una mujer había llegado a la puerta de la casa de Sábado. Me acerqué a ella y le pregunté sobre la posibilidad de saludarlo. “Ninguna”, me respondió. Nos presentamos y así supe que hablaba con la nieta. Le dije que habíamos traído algo para su abuelo y que queríamos entregárselo. Luciana nos permitió entrar al antejardín y



allí conversamos. Viviana se acercó para tomarnos una foto.

El sueño se había cumplido. Yo no hablaba con Sábato, pero lo sentía en su nieta, en su casa, en esos minutos en que Luciana nos brindó su hospitalidad. La carta que le dejé a Sábato fue una sola frase escrita en el talego que envolvía una libra de café. Eso era todo lo que tenía que decirle.

Cuando Luciana se despidió, sentí que el sueño había conducido a la carta; que el sueño era parte de la carta y que esa pequeña carta era parte del sueño.

Nos despedimos del sargento, que generosamente permitió que nos tomáramos una foto en su compañía. Viviana y su madre nos bendijeron. Caminamos hasta la estación cobijados por una sutil e íntima alegría. Santos Lugares nos había acogido y todo había sido un prodigioso milagro.

Qué hermoso fue saludar a Luciana y ver el cariño con el que ella abrazó a mi hija. Luciana nos permitió estar en la casa de su abuelo, ese hombre al que desde hacía mucho tiempo necesitaba decirle “¡Gracias, por todas sus luchas!”. ■

Bibliografía

- Artaud, Antonin. *México y viaje al país de los tarahumaras*. México: Fondo de Cultura Económica, 1998. Impreso.
- Blanchot, Maurice. *El paso (no) más allá*. Trad. Cristina de Peretti. Barcelona: Paidós, 1994. Impreso.
- Deleuze, Gilles, y Claire Parnet. *Diálogos*. Trad. José Vázquez. Valencia: Pre-Textos, 1980. Impreso.
- Derrida, Jacques. *La escritura y la diferencia*. Trad. Patricio Peñalver. Barcelona: Anthropos, 1989. Impreso.
- Jodorowsky, Alejandro. *La trampa sagrada: conversaciones con Gilles Farcet*. Trad. Luis Enrique Jara. Santiago de Chile: Hachete, 1991.
- Marcuse, Herbert. *El hombre unidimensional: ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Trad. Antonio Elorza. Madrid: Planeta/Agostini, 1993.
- Walther, Ingo, y Rainer Metzger. *Chagall*. Trad. Juan Pablo Kummetz. Colonia: Taschen, 1999. Impreso.